

EL ZANCUDO.

SEMANARIO DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Se publica cuatro veces al mes, Oficina central,
entre el Coliseo y el Peinero, Sur 5, número 46.

EDITOR,
G. J. ARÁMBURU.

{ Suscricion mensual anticipada 50 cent.
{ Un número suelto 20 cent.

BENEFICIO de PRADO.



PRADO
"La Muerte Civil"

PRADO
"El hambre de D. Blas"

EL ZANCUDO.

ser una buena señora, muy fresca y muy colorada, y más alegre que unas castañuelas, debían vivir en estrecho consorcio; esto es, los que ahora nos llamamos descendientes de Pelayo, y los moritos, los habitantes de esa África bárbara, y como buenos hermanos, como hijos de un mismo padre, el ciudadano Adán.

De aquella fecha deben datar las corridas de toros, y mi opinión es, por lo que he podido traslucir al través del rayo de marras, que las funciones de toros son más antiguas que el Mediterráneo, que ya es señor mayor, aunque en ningún apuro consta su fe de bautismo.

De paso sea dicho, pero la inundación del Océano para sacar á la plaza pública del mundo á su hijo primogénito el Mediterráneo, fué una salida de pavana; una de esas salidas que de cuando en cuando tiene mi señora Doña naturaleza, como el terremoto de Lisboa y el hambre del año de la *uanita*.

Muchos debieron ser los toros y los toreros que perecieron en las inmensas vegas tendidas desde el estrecho de Gibraltar, hasta las murallas de Tiro y de Alejandría. El Océano hizo entonces una de las suyas, una tropelía, una barbaridad de esas que la naturaleza tiene siempre á mano y como si dijésemos en el bolsillo, para divertirse con los descendientes de Cain, el que mató á su hermano con la quijada de un burro.

El hecho, sin embargo, es cierto. El África fué separada de España por una humorada del Océano y las corridas de toros, los toros y los toreros debieron sufrir una horrible derrota y quedarse á la luna de Valencia de resultas de esta fechoría ¡Cosas del mundo!

Tampoco he podido yo, averiguar, por más crónicas que he revuelto, ni el nombre de los toreros que debieron perecer, ni el título de las ganaderías que quedaron debajo de las merluzas, y los qajeles. Muchos y muchas debieron ser; pero su memoria maco, como al católico de los

innumerables mártires de Zaragoza. Todo lo bueno tiene esta suerte; se lo lleva la trampa.

Sin embargo, he deducido de mis investigaciones que los pueblos que el Mediterráneo se tragó, fueron muy aficionados á las corridas de toros, aunque más dados á las suertes de á caballo que á las de á pié.

Lo cierto es que en las costas del mediodía de España, se ha conservado esa tradición taurómaca, y de ella renació con el tiempo la tauromaquia, que á tal grado de perfección ha llegado en estos infelicitísimos tiempos que corremos.

La historia, en esto, como en otras muchas cosas, no está clara, es decir, en lo del origen de las corridas de toros; pero de esa misma historia turbia y desaliñada resulta, y esto auténticamente, que el Cid Campeador alanceaba los toros desde su caballo, en lo cual hacía como un Santo, porque por valiente que fuese el buen Rodrigo de Vivar, eso de esperar á un toro á pié firme, como Don Quijote á los leones que venían de África, no es prudente, ni hacedor. El valor como todas las cosas tiene sus límites.

Pero de que el Cid anduviese á vueltas con los toros no se deduce que fuese el primer torero. En esta parte perdonemos su buena memoria que le neguemos la gloria que pudiera corresponderle.

Muchos siglos antes de que la madre del Cid le diese papilla al conquistador de Valencia, había hombres, toros, caballos y lanzas, y de seguro entre unos y otros hubo lanzazos, cornadas y trompicones. ¡Sobre que esto de andar al morro es una inclinación natural de hombres y cuadrúpedos! Aquí de Don Alonso el Sabio.

En confirmación de tal verdad, voy á referir lo que consta de un documento histórico, escrito en arábigo, y que llegó á mis manos por una de esas raras casualidades que parecen providencias.

Era una noche de abril, el aire soplaba mansamente, y al través ha pasado del martirologio tauró-de algunas nubecillas se mostraba

de cuando en cuando en todo su esplendor. La escena era en Alcalá; estudiaba yo entonces derecho patrio, que es lo mismo que decir, Dios guarde á usted muchos años; y por distraer mis melancolías, que también los estudiantes las tienen, me paseaba con mi manteo terciado y mi sombrero de tres picos navegando de bolina sobre el océano de mi cabeza, por la plazuela de la Universidad. Me paraba, miraba á la luna, y decía para mi manteo: "esas manchas no se crearon para alumbrar á la tierra; las manchas no alumbran; por algo están ahí, y á ese algo, échele usted un galgo."

Confundido de mi ignorancia bajaba la vista sobre este globo hambriento, polvoroso y enlodado, y mirando entre sombra aquella inmensa mole de piedra biliosa que el Cardenal Cisneros levantó para semillero de la sabiduría, admiraba al hombre creador, y me compadecía á la vez de la miseria humana.

Embebecido yo en estos tristes pensamientos, acertó á pasar por allí un muchacho que venía cantando:

En Alcalá de Henares
dijo un colegial,
esta luna parece
la de mi lugar;

y acercándose á mi me dijo:—"señor estudiante, ¿me quiere usted comprar este manuscrito que traigo en la mano?—¿Y de qué trata ese manuscrito?—De la Sagrada Escritura, y está en Hebreo.—¿Y quién te lo ha dicho? Mi padre, que es zapatero y sabe de letras como un doctor.—¿Cuánto quieres por él?—Ocho cuartos.—Toma y venga; me quedé con el manuscrito, y el muchacho echó á correr más alegre que un rico tonto. Llegué á casa de mi patrona, me metí en mi cuarto, y comencé á leer el manuscrito, y hallé que decía de esta manera:

"Historia de las corridas de toros, y hechos y suertes famosas del célebre lidiador ALI-MURIN, el de atravesada vista (consta que era visco).

(Continuará.)

EL ZANCUDO.

ser una buena señora, mui fresca y mui colorada, y mas alegre que unas castañuelas, debian vivir en estrecho consorcio: esto es, los que ahora nos llamamos descendientes de Pelayo, y los moritos, los habitantes de esa Africa bárbara, y como buenos hermanos, como hijos de un mismo padre, el ciudadano Adan.

De aquella fecha deben datar las corridas de toros, y mi opinion es, por lo que he podido traslucir al través del rayo de marras, que las funciones de toros son mas antiguas que el Mediterráneo, que ya es señor mayor, aunque en ningun aparroquia consta su fe de bautismo.

De paso sea dicho, pero la inundación del Océano para sacar á la plaza pública del mundo á su hijo primogénito el Mediterráneo, fué una salida de pavana; una de esas salidas que de cuando en cuando tiene mi señora Doña naturaleza, como el terremoto de Lisboa y el hambre del año de la *nanita*.

Muchos debieron ser los toros y los toreros que perecieran en las inmensas vegas tendidas desde el estrecho de Gibraltar, hasta las murallas de Tiro y de Alejandría. El Océano hizo entonces una de las suyas, una tropalia, una barbaridad de esas que la naturaleza tiene siempre á mano y como si dijésemos en el bolsillo, para divertirse con los descendientes de Cain, el que mató á su hermano con la quijada de un burro.

El hecho, sin embargo, es cierto. El Africa fué separada de España por una humorada del Océano y las corridas de toros, los toros y los toreros debieron sufrir una horrible derrota y quedarse á la luna de Valencia de resultas de esta fechoría ¡Cosas del mundo!

Tampoco he podido yo, averiguar, por mas cronicones que he revuelto, ni el nombre de los toreros que debieron perecer, ni el título de las ganaderías que quedaron debajo de las merluzas, y los qajeles. Muchos y muchas debieron ser; pero su memoria maco, como al católico de los

innumerables mártires de Zaragoza. Todo lo bueno tiene esta suerte; se lo lleva la trampa.

Sin embargo, he deducido de mis investigaciones que los pueblos que el Mediterráneo se tragó, fueron mui aficionados á las corridas de toros, aunque mas dados á las suertes de á caballo que á las de á pié.

Lo cierto es que en las costas del mediodía de España, se ha conservado esa tradición taurómaca, y de ella renació con el tiempo la tauromaquia, que á tal grado de perfeccion ha llegado en estos infelicísimos tiempos que corremos.

La historia, en esto, como en otras muchas cosas, no está clara, es decir, en lo del origen de las corridas de toros; pero de esa misma historia turbia y desaliñada resulta, y esto auténticamente, que el Cid Campeador alanceaba los toros desde su caballo, en lo cual hacia como un Santo, porque por valiente que fuese el buen Rodrigo de Vivar, eso de esperar á un toro á pié firme, como Don Quijote á los leones que venían de Africa, no es prudente, ni hacadero. El valor como todas las cosas tiene sus límites.

Pero de que el Cid anduviese á vueltas con los toros no se deduce que fuese el primer torero. En esta parte perdonemos su buena memoria que le neguemos la gloria que pudiera corresponderle.

Muchos siglos antes de que la madre del Cid le diese papilla al conquistador de Valencia, habia hombres, toros, caballos y lanzas, y de seguro entre unos y otros hubo lanzazos, cornadas y trompicones. ¡Sobre que esto de andar al morro es una inclinacion natural de hombres y cuadrúpedos! Aquí de Don Alonso el Sabio.

En confirmacion de tal verdad, voi á referir lo que consta de un documento histórico, escrito en arábigo, y que llegó á mis manos por una de esas raras casualidades que parecen providencias.

Era una noche de abril, el aire soplaba mansamente, y al través ha pasado del martirologio tauró-de algunas nubecillas se mostraba

de cuando en cuando en todo su esplendor. La escena era en Alcalá; estudiaba yo entonces derecho patrio, que es lo mismo que decir, Dios guarde á usted muchos años; y por distraer mis melancollas, que tambien los estudiantes las tienen, me pasaba con mi manteo terciado y mi sombrero de tres picos navegando de bolina sobre el océano de mi cabeza, por la plazuela de la Universidad. Me paraba, miraba á la luna, y decia para mi manteo: "esas manchas no se crearon para alumbrar á la tierra; las manchas no alumbran; por algo están ahí, y á ese algo, échele usted un galgo."

Confundido de mi ignorancia bajaba la vista sobre este globo hambriento, polvoroso y enlodado, y mirando entre sombra aquella inmensa mole de piedra biliosa que el Cardenal Cisneros levantó para semillero de la sabiduría, admiraba al hombre creador, y me compadecía á la vez de la miseria humana.

Embebecido yo en estos tristes pensamientos, acertó á pasar por allí un muchacho que venia cantando:

En Alcalá de Henares
dijo un colegial,
esta luna parece
la de mi lugar;

y acercándose á mi me dijo:—"señor estudiante, ¿me quiere usted comprar este manuscrito que traigo en la mano?—¿Y de qué trata ese manuscrito?—De la Sagrada Escritura, y está en Hebreo.—¿Y quién te lo ha dicho? Mi padre, que es zapatero y sabe de letras como un doctor.—¿Cuánto quieres por él?—Ocho cuartos.—Toma y venga; me quedé con el manuscrito, y el muchacho echó á correr mas alegre que un rico tonto. Llegué á casa de mi patrona, me metí en mi cuarto, y comencé á leer el manuscrito, y hallé que decia de esta manera:

"Historia de las corridas de toros, y hechos y suertes famosas del célebre lidiador ALI-MURIN, el de atravesada vista (consta que era visco).

(Continuará.)

EL ZANCUDO

A Ali-Babá.

DANZA

Por LUIS LÓPEZ MÉNDEZ.

The musical score is written for piano and violin. It consists of five systems of music. The first system is in 4/4 time and begins with a piano (p) dynamic marking. The second system includes a first ending bracket labeled '1a' and a key signature change to one flat. The third system includes a second ending bracket labeled '2a' and a piano (p) dynamic marking. The fourth system continues the piano part with various chordal textures. The fifth system concludes the piece with a final cadence. The notation includes treble and bass clefs, time signatures, dynamic markings, and various musical symbols such as slurs, accents, and repeat signs.